

CRONICA LITERARIA

por Domingo Meli

ACERCA DEL COMENTARIO DE LIBROS

No podríamos encontrar una forma más curiosa de irritación intelectual que esta manera criolla de poner precio a los esfuerzos intelectuales. Suelen llegarnos cartas de lectores desconocidos que nos sugieren algunas reflexiones acerca de la función que está encomendada al que comenta, por obligación, o por deseo los libros que los demás publican. Un lector nos dice que damos demasiada importancia a quienes no la merecen; otro que silenciamos algunos libros, y no faltan los que nos acusan de ser benévolo con exceso. Ni tanto ni tan poco. Si no dijéramos lo que pensamos—y en esta tarea llevamos ya algunos años—habríamos abandonado el ingrato menester de comentar libros. Es difícil contentar a todos. Y en ocasiones es empresa heroica contentar a dos o tres. El lector desconocido, para el cual será también preciso levantar un monumento como al soldado, cree posible realizar sin dificultades esta tarea. El recibe tan sólo la impresión más cómoda y juzga de acuerdo con su personalísima posición de hombre sin responsabilidad.

Son muchos los escritores o embriones de escritores que se han perdido o malogrado sólo porque no faltó un dómine que les dijo una barbaridad de a toneladas y le dejó partido en dos como a un árbol. Tenemos en nuestra memoria el recuerdo de algunos que abandonaron la función literaria, luego habiendo sido vapuleados, según ellos, injustamente. La herida quedó sangrando por mucho tiempo; cicatrizó, por fin, pero como ocurre en ciertas y determinadas dolencias, rebrotaba en algunas épocas el viejo e inextinguible que

oranto. Habrá quienes digan que ello fué para bien de las letras. No lo creemos. Hay reacciones complejas en el espíritu del lector, causas inadvertidas en una primera lectura que ocasionan, sin saberlo, errores y lamentables equívocos. En la sensibilidad del que juzga libros también se producen los mismos fenómenos, agravados o exasperados por otros motivos, por otras razones o complejos.

En un escritor las reacciones son tan inesperadas como sorprendentes. Nunca se sabe a ciencia cierta en qué dirección y en qué órbita va a estallar el complejo con toda su causa de consecuencias. Ciertos actos que parecen inexplicables obedecen a causas secretas, alimentadas en ese complejo, y a menudo existen palabras de cuyo uso apenas se podemos tener una noción exacta. Pertenecen al dominio de esas zonas ocultas invisibles para quienes no pueden penetrar en el espíritu del que las maneja.

Por eso hemos creído siempre que la literatura es una cosa muy seria. No hace mucho—¿cuántos meses o años o semanas?—se publicó un libro de un desconocido. En estos ambientes siempre el escritor es un desconocido, aunque tenga algunos lectores que le siguen con más o menos devoción. Queremos decir que el número de lectores, proporcionalmente, es escaso en relación con el valor del escritor.

Dijimos de ese libro unas sinceras palabras de elogio. Las creyeron excesivas, porque en lugar de tomar en cuenta la naturaleza de la obra, se tomó en cuenta únicamente al que la había escrito. ¿Merecía destacarse ese libro tan categóricamente?

Existen factores de creación que no pueden ser olvidados, especialmente en es-

tos ambientes de negación y de burla. Ya es mucho que un hombre o una mujer se dediquen a la penosa tarea. Para llegar a producir las páginas que producen hay largas y fatigosas jornadas. Hay los altos y bajos que opone a veces con demasiada brutalidad la propia vida, hay las dificultades de la creación, la falta de estímulo, la necesidad de ganarse la vida en otras actividades para no perecer. Muchas obras se resenten de la influencia de estos factores y es natural que el que tiene en su mano la función de preocuparse de las obras, evite hasta donde le sea posible los impetus en ocasiones inútiles de la agresividad. A menudo lo burla, o la ironía, o el fatigazo seco, sólo, sirven para contentar a otros o para hacer edificaciones malévolas a costa de la víctima. En estos países hay un género de placer o de voluptuosidad que se nutre en la desnudez de los otros. Por un vapuleado en materia literaria, hay una docena de observadores que aplauden en secreto o con toda clase de ruidos, según las circunstancias. Como en el dominio de la política, existen los que se alimentan de los deshechos de otros y aun ayudan a la preparación de la merienda.

Por eso insistimos en que ciertas reacciones son inexplicables y a menudo obedecen a causas ocultas que cuesta descubrir. No podemos exigir al lector corriente que las conozca o conozca el secreto. Son de un orden distinto del que rige las relaciones entre personas comunes. Toda sensibilidad humana es un gran misterio y la de los escritores, triplicado por factores muy complejos. Con todo, es preciso tener en cuenta la juventud de esta literatura chilena, que cuen-

ta apenas algunos años. Si tuviéramos una tradición fuerte, abundarían menos los resentidos los amargados, por muchas y complicadas razones. Pero esta tradición está formándose y he aquí que por un secreto instinto, son muchos los que ingenuamente creen ser el comienzo de la tradición. No dudamos que muchos formen en esas raíces que los futuros núcleos humanos de este país sabrán justipreciar. Por el momento hay un vaivén de sensaciones de reacciones de energías dispersas y de actos icalificables.

La atmósfera no es tan clara para el escritor como parece o como imaginan los cándidos. Esta atmósfera está aun cerrada por el horizonte de la negación sistemática y fundamental. No se ha logrado nada en el orden de la aireación del ambiente. Siguen los hombres de letras sufriendo las mismas inconspicuas de hace veinte o treinta años. Tal vez con un poco de más encono que antes, porque se han modificado las condiciones sociales, y hay como se dice "más niños para un trompo".

Sin embargo, no es preciso extremar la nota en la manera de juzgar los libros, tal como quieren ciertos lectores desconocidos que nos escriben y a los cuales contestamos con estas líneas. El curso vertiginoso de los sucesos o del acontecer, dispersa o relega al olvido o tritura a los que no tienen fuerza para seguir en la tarea de escribir. Un comentario duro, o injusto, o malévol, puede malograr una vocación o desviarla o arruinarla. Al lector le diríamos que en ninguna profesión es más necesario, como en esta de las letras, un dominio firme de sí mismo, una voluntad a prueba de desengaños, un corazón en su puesto. Nada

prevalece y nada prospera contra un espíritu que ha tomado en su verdadero sentido la pasión del arte. Las calumnias que son del pan de cada día y que parten siempre de los que nada hacen y nada realizan o de los que realizan con mediocridad, con pequeñez, una labor insignificante, ni las retenciones o negaciones interesadas. También el lector debe saber que en esto como en otras actividades hay los correve y dile, los que hipócritamente llevan o traen mensajes, los que los piden también con hipocresía para estar al cabo de lo que pasa en la intimidad de sus compañeros, los que dicen aquí una palabra de buena crianza y más allá escupen su resentimiento, contra el mismo que han ensalzado, etc.

La función de comentar libros no es tan sencilla como parece, porque como decía el jocundo Arcipreste: "No son todos homes los que mean a la paret."

D. M.